

SAN JUAN

También vivirás reformas en lo que a tus ilusiones y esperanzas se refiere. Tu imaginación y sensibilidad llegarán a sitios donde antes no llegaban y sentirás que tu conciencia se expande cada vez más.

Pronóstico del año 2008 para el signo de Acuario (*fragmento*)

A Alfredo, hermano



D ESPACIO

A veces. Los días vienen marcados en los márgenes con una serie de tareas que nos alivian de cualquier peso relacionado con la elección. La libre elección abrumba como una pesadilla.

Y hoy corre el aire. Qué más puedo hacer. O decir. En esta ciudad no hay lugar para el amor. Está todo quemado. Literalmente. Las aceras sueltan una especie de espuma seca e invisible.

Aun así, llegué a casa justo a tiempo para interceptar la carta de la clínica.

Era un sobre blanco, común. A través de una ventanita esmerilada se leía mi nombre en Arial cuerpo doce versales.

No era abultado, así que me asusté. El mensaje era escueto, cuánto más no sería comprometedor.

La secuencia se cortó en seco ante la llegada precipitada de Sebas. Volvía, como siempre, soltando improperios de su infecto lugar de trabajo al tiempo que me abrazaba y besaba como una medusa al acecho. Miré de reojo la botella de mezcal que lleva un año pudriéndose en la encimera y me imaginé apurando su contenido hasta deglutir el gusano.

Me descalcé y comencé una sobreactuada actividad frenética, buscando una excusa para librarme de Sebas y poder leer la carta. El corazón me batía —traduzco el verbo del inglés o del portugués, haciendo un calco semántico—.

De golpe se me ocurrió: «Haremos un gazpacho, Leo, como en esa película que tanto te gustaba».

El gazpacho letal.

Me puse a cortar tomates y pepino y pimiento. Antes de darle al botón rosa pálido de la batidora arrojé a tiempo dos Tranxilium convenientemente aplastados.

Llamaron a la puerta. Como en la película. No eran los de Telefónica sino mi vecina Adela, chillando a través de la puerta, como siempre, esta vez algo cercano a «la puerta del portal no cierra bien».

«Tener cuidado». Bien marcada la erre imperativa.

La despaché brevemente temiendo que mi elixir se cortara y en ese momento dieron las diez, según atestiguaban las campanas en canon de los tres campanarios que se oyen desde nuestra cocina. Dieron las treinta.

Me disculpé con una indisposición con el fin de no probar el gazpacho y me senté enfrente de Sebas, retorciéndome las manos como recordaba haber visto hacer a la actriz protagonista.

Se puso hasta los ojos el muy cochino y a las diez y catorce minutos estaba roncando exactamente como un ídem.

Le descalcé. Animalito.

Y me fui a la habitación con mi bolso y su ansiado contenido: mi carta.

Rasgué el insignificante sobre. Volvieron a llamar, esta vez por el telefonillo. Pensé que sería una equivocación. Lo ignoré. Al poco, de nuevo, con mayor insistencia. Ignorancia absoluta.

Me reacomodé en el sillón de orejas de terciopelo naranja que tanto gusta a Sebas. «Mi sitio en el mundo», dice a veces. Y no puedo, me siento incapaz de desvelar el contenido de la carta. Tengo los pies destrozados. No puedo con las sandalias nuevas, regalo de Sebas.

Y menos en esta ciudad de mierda, tan calurosísima. El calor acaba conmigo. Pienso de pronto en los veranos de mi ciudad natal. En el calor seco. Que no te tumba. Que no cae sobre ti como una tormenta.

Pienso en canciones.

«Hay lugares en los que he estado que no recuerdo, días y días de los que apenas no tengo un solo rastro. He estado buscando en fotos. En cajas y cajas. Ya no me dicen nada».

Me gustaría poder decir ese tipo de cosas en vez de las cosas que suelo decir. Me gustaría hablar en el tono de las canciones traducidas. Tan desapegado, lírico y poco afectado. Tan extraño.

Vuelvo al salón y escruto la estampa de mi marido babeando en el sofá marrón. No puedo evitar yuxtaponer su cara con la imagen de mí misma al volante del coche que me espera en el garaje. Ahí están las llaves, a medio salir de su pantalón caqui. Junto con algunas monedas. Cojo las llaves.

«¿Te acuerdas de cómo me querías? Una vez me dijiste que no había sitio para ti en mi cabeza enferma». Me gustaría decirle algo así.

¿Cómo consigue que toda la cadena de despropósitos mutuos parezca el resultado de mi sola neurosis? Y yo que creía que nos iría mejor en una nueva ciudad. Una nueva vida, una nueva escenografía, distinto atrezzo.

Pero el guion se repite, una y otra vez. Como en una serie mala, los esquemas de los equívocos y los desenlaces acaban pareciéndose. Demasiado previsible. La estructura parece repetirse con la lógica implacable que dispensara un software barato de comedias de situación, llamado *Plots*. O algo así.

Qué horror reducirte a ser contrincante en esta vida.

«Cuando renunciamos a sufrir. Cuando renunciamos a sentir».

Últimamente, llamarme igual que la futura heredera de la corona de este país no me ayuda en nada. Leonor.

Esto lo pienso al ver mi nombre impreso —mi nombre completo, que nadie usa— sobre la copia de la ecografía que contiene el sobre. Es una ecografía como todas las demás. Un guisante de color blanco que flota en mitad de una marea informática de color negro.

«Sobreponete, Leo —me digo—. Eso es tu hijo. Eso es un bebé».

No. Fue un accidente, un guiño socarrón desde el planeta ameba que rige la perpetuación de la especie, donde las crisis de pareja no son computadas como atenuante. Esto es un desajuste fatal entre la lógica de la descendencia y la concienzuda secuencia de nuestras equivocaciones.

Una absoluta catástrofe en la materia prima de «lo nuestro», Sebastián.

Vuelvo a ser la dueña del secreto. Me quedan apenas días para que mi barriga sea ya inequívocamente un embarazo. Todos piensan que simplemente estoy más «gordita». «Se dejó ir». «Demasiada cerveza». «La edad».

Está oscureciendo y tengo miedo. Yo también me angustio al anochecer. Yo también floto en una masa negra con rayas de color blanco y latidos amplificadas. Me tengo que ir, Sebastián. Mañana es sábado y de nuevo no tendremos ganas de nada. No queremos salir a «dar un paseo». Eso es lo que acaba haciendo todo el mundo, ¿no? Dar un paseo. Si no das un paseo es que algo va mal. Si no «te da un poco el aire» eres un poco anormal. Eso dijo la vecina, hace poco. O al menos a eso aspiraba, eso pretendía comunicar cuando me comentó que me encontraba «realmente pálida».

Mi vecina es la actriz episódica de esta nueva serie en la que vivimos desde que nos trasladamos de ciudad y cambiaron los

guionistas de algunas de nuestras tramas. Protagonistas de una serie de canal autonómico. Así es como me siento. «Vamos a tener un hijo. Sebastián». Ya se lo he dicho. Se lo he dicho. Así no vale, Leo, está dormido. Está drogado, para ser más exactos. ¿Podríamos empezar de nuevo? «Me has dicho tantas veces lo mismo, mientras yo te miraba fijamente, como si intentara ver a través de tus hombros. Mis sentimientos han cambiado. ¿Qué puedo hacer para que te quedes donde estabas dentro de mí? ¿Quién puede empezar de nuevo?», Estoy aquí sentada, habiendo drogado a mi marido como vi hacer en una película, con un «fruto no deseado en mi vientre» al que irremediable y automáticamente he comenzado a adorar sobre todas las cosas. De pronto.

Y estoy atemorizada. Oh, venga, cállate. ¿Quién está atemorizado? Aquí en mi país, donde la futura reina de golpe llevará mi nombre, la gente no está atemorizada. Tiene miedo, se acojona. Pero nunca está atemorizada. No todo se puede traducir. Tengo mucho miedo. Eso sí dice la gente, mientras se derrumba. La cara se le derrumba justo antes de echarse a llorar y el interlocutor puede sentir verdadera tentación de soltar una carcajada al ver semejante desfiguración.

Huyendo. Estoy huyendo pero conmigo llevo al bebé. La ecografía está interceptada, el marido está dormido, el coche está en el garaje.

¿Qué se lleva una para huir de un hogar? Me miro los pies y avanzo. Pies, piernas, tronco, cabeza. Dejo las sandalias nuevas donde están. Cierro la bolsa.

No sé qué coño pasa en la escalera. No para de subir y bajar gente.

Otra vez el telefonillo.

Lo descuelgo por miedo a que despierten a Sebastián.

Por curiosidad y cometiendo un error trágico, saco la cabeza a través de uno de los vanos del salón para ver quién llama. Dos

chicos con unos litros en la mano me sonrían. Meto la cabeza volando pero uno de los tipos ya ha preguntado por «la casa de Juan Carlos». Me imagino lo peor. ¡Una fiesta en casa de Juan Carlos! ¡Mierda! Ju-an-Car-los, San-Ju-an. Una fiesta de San Juan en la azotea de mi casa. Casi al momento suena el timbre.

—¡Leo! ¡Leo! ¡Sebas!— en la peli de Carmen Maura también había vecinos impertinentes y decisivos para el desarrollo y posterior desenlace de la historia.

—¡Leo! ¡Ábreme! ¡Que sé que estás ahí!

¿Por qué la gente se empeña en resultar intuitiva?

Mirilla: el anfitrión. Antes de abrir, bufo a la vez que me miro en el espejo de la entrada. Verdaderamente desesperada.

—¡Felicidades, tesoro!

—Mi heredera y su consorte no pueden faltar a mi onomástica.

Lo de onomástica me hace gracia.

—Tenemos otra fiesta, corazón. Fuera de la ciudad. Pero te lo agradezco.

—Un ratito nada más.

—Venga, un ratito. Pero Sebas está muy cansado.

—Los heteros siempre estáis cansados. Será porque tenéis el sexo en casa.

Réplica basura, digna de teleserie española. Risas enlatadas.

—Ahora subo.

Detrás del sofá mi maletita aguardando. Ajajá. ¡Aguardando! Mis pensamientos comienzan a parecer líneas de telefilm

de sobremesa doblado. Recojo la bolsa, pero antes de abrir la puerta final cometo mi segundo error trágico: miro por última vez a Sebastián. No sé lo que estoy haciendo. Pero voy a por ello. Me siento en el sillón naranja otra vez. Por un momento tengo una tentación *Cinco horas con Mario* de soltarle así todo de un golpe, como si ese papel estuviera escrito y no tuviera más que meterme hasta el final y desaparecer en él. Pero no, sólo veo a Sebastián cuajado en el sofá.

Leo y Sebas. Sebas y Leo.

Todo ese tiempo. Como si nuestros nombres se hubieran insertado en una canción de once minutos que se ha repetido una y otra vez estos últimos años. De principio a fin. Una pista interminable.

Y ahora sólo queda un miedo incansable tipo domingo por la tarde. Un vacío, vértigo.

«Fíjate en todo ese domingo que nos ha llegado a rodear, asfixiante, detrás de ti, Sebas. Tú también lo tienes que detestar. Tengo un presentimiento, Sebastián. Después de pasarlo fatal, dentro de un tiempo nos va a inundar un alivio balsámico, un descanso de no estar en este tapiz constante de frustración interminable. Nuditos y nudos de desaliento. Fíjate lo que tenemos por delante». No sé de dónde me he podido sacar la imagen del tapiz.

«Corre, Leo, corre».

Suena el timbre. ¿Ha sonado antes? Creo que sí, tengo esa vaga certeza. ¿Podría escaparme por la ventana? No, me verían saltar por el patio todos esos invitados estúpidos de la recepción real.

Por la mirilla. Es la pesada de Adela, otra vez. Adela, la bella, siempre impecable. Y yo tengo que volar de aquí como sea. Ya no puedo quedarme más.

«Yo quiero vivir, con amor, con mi gente abajito del sol». Eso es lo que oigo atronando nada más abrir la puerta de mi piso. «¡Yo te digo que no! Si no quieres no»... Vuelvo a cerrar instintivamente. Adela lleva unos cirios enormes en las manos. Parece la misma caricatura del horror. Una mujer de punta en blanco con un cirio a cada lado esperando a la puerta de tu hogar. Me recompongo.

—Dime.

—Que Javi y yo subimos ya. ¿No venís? ¿Y Sebas?

Hay escenas que parecen escritas por el guionista principiante.

La gente no es buena. No te ve, no se hace cargo de nada.

—No sé si vamos a salir.

—Anda ya. Traeros música, ¿vale?

Al cerrar pienso que Sebastián y yo hace ya tiempo que no conocemos «nada nuevo» de música. Escucho nuevos entrechocares de botellas desde abajo, en el callejón. Más gente. Despertarán a Sebastián. Y le sacarán de golpe del domingo eterno.

¿Sabrán ellos que nos va tan mal? ¿Habrán oído nuestras broncas regulares? Obviamente. Pero ¿no es considerada una dosis de violencia en la pareja contemporánea, «casi diríamos sana»?

Qué me importa. Cuando dudo pienso en el hijo. No sé por qué pero actúa como borrador de toda la maraña de fantasmagoría adulta. Hay un reino al que él no pertenece. En verdad, es que él aún no es de este mundo, por lo tanto es su reino el que no nos pertenece. Es un mensajero de algo más real que todos nuestros espejismos. El hijo, además, está, nunca mejor dicho, de mi parte. No estoy sola. Escucho la fiesta amortiguada a través de los tabiques. Estoy sola. Tengo a mi hijo y mi maleta. Y a un marido dormido. Me lo he cargado todo.

A veces me pregunto: «¿En qué momento pegué el volantazo?».

Escucho al homenajeador dar órdenes como un reyezuelo en su comarca. Sus súbditos se ríen. Salgo con la maleta y consigo entrar en el ascensor sin que me sorprenda ninguno de los compatriotas de la fiesta.

Presiono el botón del -1 de nuestro cuadro de mandos de ascensor.

«Mi amor, ya estoy fuera. No me lo puedo creer». No sé muy bien si hablo con el hijo o con el padre.

La máquina se detiene en el primero con el tintineo que acompaña cualquier tipo de anuncio macabro. Es Hortensia, la vecina del primero. Se muestra encantada de verme.

Primera mirada a mi pequeña bolsa de deporte.

—¿Te vas? Os estamos esperando.

—¿Subes? Yo voy al garaje.

—Te acompaño.

—Tenemos otra fiesta.

—Esquirola.

—¿Subes o bajas?

—¿Sebas no viene?

—Venga, voy a subir a darle un beso a Juan Carlos, que ya se lo he dado, pero bueno.

—Y te tomas una caipirinha, tonta.

—Sí, para conducir, ideal.

—¿Dónde está Sebas?

—Cansado.

Por suerte, nos diluimos enseguida en la masa de la azotea, ¡en plena oscuridad! Adela se encarga de encender las velas. Casi parece la oficiante de un rito satánico. Todo el mundo parece silueteado, apenas hay caras. Me siento como Rosemary y su semilla. ¿Dónde podría dejar mi bolsa? Voy a esconderla debajo de la mesa de las bebidas. Nuestro rey ha puesto un mantelillo de papel lo suficientemente largo para que nadie más haga preguntas. Pienso en cuánto tiempo tardará Sebas en despertarse. Proponen un brindis en honor al rey.

—Leonor, heredera, tú aquí, conmigo.

«La luna rosa sigue su curso. Y nadie llegará tan lejos. La luna rosa nos alcanzará a todos. Porque es una luna rosa.»

Me gustaría decir algo así.

Y marcharme.